

Aquella tarde, decidí subir al desván con la idea de encontrar aquel maldito libro, que con tanta insistencia, aparecía en mis sueños, desde hacía varias noches.

Empecé a buscar dentro del baúl, en donde hallaba el libro en mis noches de duermevela. En su interior, la mayoría de las cosas que guardaba habían pertenecido a mis abuelos.

Unos soldados de plomo, un caballo de madera, una muñeca de trapo sin cabeza...Después de mucho revolver, en el fondo del baúl, apartado en una de sus esquinas, lo encontré. Lo cogí y pareció que fuese a deshacerse en cualquier momento entre mis manos. Estaba encuadernado en piel, y sus pastas estaban ajadas y sucias, dando la impresión de haber pasado por numerosas manos.

Sin pensármelo más, bajé del desván, y, me encaminé hacia el salón.

Una vez allí, me senté en un sillón y enseguida me enfrasqué en la lectura de "Fantasías de otro mundo", así se llamaba el libro.

Según profundizaba en su contenido, casi sin darme cuenta, había perdido la noción del tiempo. Amaneció, no sé si había llegado a dormir. Allí seguía sentado en el sillón, al lado del reconfortante fuego de la chimenea, con el libro entre las manos.

Transcurría el tiempo, o por lo menos creo que así ocurría. No tenía la seguridad de si comía, dormía y hacía las funciones fisiológicas propias de las personas. Sin lugar a dudas, volví a la realidad en el momento en que finalicé el libro.

Tanto había impactado en mi ser, que sentí la curiosidad de descubrir la existencia de lo que en él había leído. Aunque, realmente sabía que era todo ficción, pues así rezaba en su introducción.

Deseché esta razón, haciéndome la firme promesa de buscar aquel mundo que allí se relataba. Un mundo subterráneo donde moraban los muertos. Era un mundo aparte, no era ni el cielo ni el infierno, se hallaba en algún lugar recóndito de la tierra.

Algunas noches más tarde me hallaba en el recinto del cementerio provisto de cuerdas, una linterna grande, una pala y un pico.

Todo estaba cubierto de espesa maleza, musgos, yerbas extrañas. El ambiente estaba enrarecido y flotaba un hálito profundo misterio que no escapaba a mi percepción. De las lápidas entreabiertas salía un hedor nauseabundo que embotaba mi cabeza, casi haciéndome perder el sentido.

La luna apareció de entre unas nubes, donde había estado escondida, como si quisiera ver quién iba a ser el intrépido profanador de aquella tierra prohibida a los vivos. Envuelta en fétidos vapores, despedía rayos tenues y pálidos, que daban un contraste siniestro al reflejarse con las cruces de las tumbas.

Levanté una de las losas, no sin desgastar un buen número de energías, y con ayuda de la pala empecé a excavar en aquella tierra corrompida.

Al cabo de un rato, quedó al descubierto ante mis ojos una abertura de espesa negrura, cuyo fondo era imposible de precisar donde acababa. A lo largo de las paredes de aquella sima resbalaba un líquido viscoso, inmundado, de origen inimaginable.

Até fuertemente una cuerda al tronco de un ciprés, guerrero fiel que blandía sus ramas desafiantes apuntando hacia la inmensidad de un cielo devorado por la oscuridad.

Por un instante, debido sin duda a la tensión nerviosa a la que me hallaba sometido, me pareció ver como en lo alto de una de sus ramas se encendieron unos ojos diabólicos que espiaban mis movimientos.

En esos momentos sentí un miedo irracional que mitigué con un largo trago de whisky de la petaca que llevaba en uno de los bolsillos de la chaqueta.

Comencé a deslizarme por aquella abertura. Según bajaba, la oscuridad se intensificaba, dándome la impresión de ser engullido por una enorme boca.

Llevaba un buen rato en el descenso, la cuerda debía estar acabándose, a pesar de que había unido otra cuerda a la primera que había anudado alrededor de mi cuerpo, con lo cual mi intento podía quedar infructuoso.

De pronto, mis dudas se disiparon al sentir el contacto de mis pies con lo que debía ser el fondo del agujero. Encendí la linterna y empecé a adentrarme en aquella especie de gruta de tortuosos pasadizos.

De las paredes brotaban unas protuberancias de luminosidad fosforescente y aquel líquido, que antes había visto, emanaba de la gran cantidad de hendiduras que allí había. Del techo colgaban una mole de enormes vejigas envueltas de una sustancia gelatinosa, transparente. En su interior habitaban una especie de alienígenas de estructura monstruosa.

No llevaba mucho andando cuando llegó hasta mis oídos el sonido de multitud de pasos, como si una inmensa legión se acercase. Corrí a esconderme detrás de una de las rocas que configuraban aquel antro de horror. Quedé paralizado por el miedo cuando acompañado del sonido de un sistro el techo de la gruta empezó a vomitar seres monstruosos, que vieron como su sueño había sido interrumpido con mi presencia.

Un rumor de voces cavernosas, infrahumanas, ultraterrenas, guturales, llenó el espacio cerrado. Mi estado de ánimo había quedado tan descompuesto que cualquier intento de gritar se ahogó en mi garganta.

De pronto, ante mis ojos apareció un cortejo de seres de miembros descompuestos y retorcidos. De cuerpos apergaminados que unos largos sayos

llenos de jirones intentaban cubrir a malas penas. Sus pies descalzos, descarnados, mostraban un mapa horroroso de venas dilatadas. Llenas de un líquido negruzco, marca inequívoca de un andar infinito. Sus bocas babeantes, desdentadas, no cesaban de pronunciar extrañas jaculatorias.

Todo confirmaba una visión espeluznante. Un vómito ininterrumpido de seres putrefactos y agusanados. Pero lo que más me horrorizó fue el ser que capitaneaba aquella legión espectral. A pesar de su desfiguración, estaba ante un ser que era una réplica exacta de mí. Fue él, el que extendió su dedo índice señalando el lugar donde me hallaba escondido. No sé de donde saqué las fuerzas, pero emprendí una carrera como si fuese perseguido por el mismísimo diablo, golpeándome contra las paredes.

Perdí toda orientación, no sabía exactamente el camino por donde había venido.

Sólo pensaba en escapar de aquella pesadilla infernal. En mi cabeza se agolpaban una tras otra las imágenes del libro, de donde yo había pasado a ser protagonista principal y a la vez víctima de una ficción que por mi osadía la había convertido en realidad. Ahora, solo me quedaba intentar concentrarme en lo que había leído para poder salir de aquella encrucijada mortal. En mi alocada carrera iba dándome cuenta de que mi comportamiento era el de un autómatas que sabía lo que hacer en cada momento. Fui atravesando un sinfín de pasadizos que parecía no fuesen a acabarse nunca. Hasta que al cruzar por uno de los numerosos recodos, ví a lo lejos una voluptuosa cascada, que emanaba de las rocas más altas de la gruta.

Recordé que la cascada era mi salvación y aunque casi no podía con mi alma saqué fuerzas de flaqueza para llegar a ella. Las piernas se me trastabillaban. Creí caerme derrumbado en cualquier momento. El sudor cubría mi rostro y resbalaba a lo largo de mi cuerpo empapándome la camisa, la cual quedó adherida de tal forma que parecía una segunda piel.

A solo unos pies de la cascada dí un salto impresionante y quedé zambullido en las profundidades de un agua cristalina, nítida, transparente. Un momento después, perdí el conocimiento envuelto en una confusión de imágenes.

Nuevamente estaba sentado en el sillón con el abominable libro aferrado a mis manos. Afuera, el viento soplaba con una fuerza inusual haciendo temblar la estructura de la casa. Ruidos, zumbidos, crujidos. Todo conformaba una atmósfera de inquietud y desasosiego. El fuego de la chimenea flagelaba las sombras con latigazos parpadeantes.

De él, saltaban chispas crepitando de tal forma que parecían pedir auxilio desde un mundo inexpugnable e inhumano.

Armándome de increíble valor, dí un salto del sillón, agarrando en un instinto de defensivo el fusil que estaba colgado encima de la chimenea. Aunque bien sabía que no me serviría contra Él.

De súbito, se abrió la puerta, causando un gran estruendo. El viento entró a borbotones apagando el fuego. Hojas, ramas arrancadas de los árboles, revoloteaban por toda la habitación e iban a estrellarse contra mi rostro.

Miré hacia la puerta y allí estaba. Su figura inconmensurable destacaba en el umbral, quedando recortada sobre el fondo siniestro de la noche. Mi intención de disparar se heló en mi mente, porque era consciente de que nada podía detenerle.

Muy despacio, avanzaba hacia mí, aunque daba la sensación de flotar. Sentí, entonces sus dedos aferrarse a mi cuello como verdaderas lenguas de fuego. De lo que una vez fueron unas fosas nasales, ahora tan solo unos huecos deformes y corruptos, empezó a salir una especie de humo blanquecino, que fue embargando mis sentidos.

Devorándome por dentro. Transportando mi existencia hacia la suya.

Mientras, mi imaginación empezó a concebir las historias más horripilantes, incapaces de albergar cualquier mente. En unos segundos, quedé convertido en un guiñapo compuesto de piel y huesos.

Aún, creo que tuve tiempo desde algún lugar que ya no era el terrenal para ver como su figura rebosante de vida salía de la casa.

Desde hace algún tiempo, en mis sueños aparece un extraño libro. Siempre lo hallo en el mismo lugar. Un baúl donde la mayoría de los objetos que contiene pertenecieron a mis antepasados.

Una de las tantas noches en las que me he desvelado, he decidido subir al desván. Rebuscando en el baúl he hallado el libro. Está muy desgastado y viejo.

Ahora, he bajado al salón y sentándome en un sillón, he empezado a leerlo...